

á mayor provecho nuestro: hacednos la gracia de que sepamos utilizar tamaños beneficios é imitar á tan buenos modelos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, me preguntaré á menudo: ¿qué haría un Santo si estuviese en mi lugar?

LECCION XXXVIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.  
(SIGLOS XI Y XII).

La Iglesia afligida: fuego sacro, ó de san Antonio;—consolada: fundacion de la Orden de san Antonio de Viennois;—atacada en Oriente: musulmanes;—defendida: caballeros de san Juan de Jerusalem ó de Malta;—afligida: la lepra;—consolada: caballeros de san Lázaro;—atacada: escándalos, errores;—defendida y consolada: san Bernardo.

La historia de la Iglesia, propiamente hablando, no es otra que la de la accion divina protegiendo la verdad cristiana y propagándola á pesar de todos los obstáculos. Ya muchas veces hemos manifestado que Dios coloca siempre el remedio al lado del mal, el consuelo al lado de la pena; á la herejía opone los Santos y las Órdenes apologistas; á los escándalos, los Santos y las Órdenes contemplativas; á las calamidades públicas, los Santos y las Órdenes hospitalarias. El siglo xi nos suministrará nuevas pruebas de esta verdad.

Mientras los cristianos de Europa pasaban al Oriente para socorrer á sus oprimidos hermanos, una terrible enfermedad se desplegó de pronto en Francia y en otros puntos del Occidente. Esta enfermedad, nunca bien definida, y que el pueblo dió en llamar *fuego sacro* ó *fuego de san Antonio*, y *fuego del infierno*, hizo sus mayores estragos durante los siglos xi y xii, siendo su principal efecto inutilizar del todo el miembro acometido, el cual se ponía negro y seco como si estuviera quemado, ó se corrompia causando dolores insufribles.

Un caballero del Delfinado llamado Gaston vió caer víctima de ese mal terrible á su hijo Guerino; apeló para curarle á todos los remedios, pero siendo inútil invocó á san Antonio, cuya proteccion le habia valido á él mismo en otra aguda enfermedad, rogándole humilde que volviera la salud á su hijo, y prometiendo, si le oía, consagrarse él y su hijo con todos sus bienes al alivio de los pobres acometidos del fuego sacro, y al socorro de los peregrinos que de todas

partes acudian á implorar la intercesion de aquel cuyo solo nombre, segun frase de san Atanasio, hacia temblar á los demonios y á quien Dios habia dado al Egipto como médico soberano.

Al acabar su súplica, durmióse Gaston, y en sueños se le apareció san Antonio, reprendiéndole porque mas atendia á la salud del cuerpo que á la del alma de su hijo; «mas no obstante, dijo el Santo, Dios ha oido tu súplica, y así, cumple tu promesa. Tú, y cuantos se consagraren al alivio de los enfermos, tomaréis por insignia «una cruz de color azul.» La figura de esta cruz se veia en el extremo de su cayado, que plantó en el suelo, y al punto pareció reverdecer y echar ramas que cubrian toda la tierra, saliendo al mismo tiempo del cielo una mano que lo bendecia. Esta cruz, semejante á una T mayúscula, es el signo con que, segun el Apocalipsis, está sellada la frente de los escogidos.

Vuelto Gaston á casa, halló á su hijo ya fuera de peligro, y desde luego le dió parte de su vision y de la promesa que habia hecho. Aprobada tan santa resolucion por aquel, sin mas demora que la precisa para arreglar sus asuntos, fuéronse al lugar de san Antonio, y consagrando sus bienes y personas al servicio de los pobres enfermos, dieron principio al hospital que debia albergarles inmediate á la iglesia, y el dia 28 de junio de 1095 dejaron sus mundanas vestiduras por un humilde hábito negro marcado en el lado izquierdo con la cruz susodicha. Tal fué el origen de la Orden de san Antonio de Viennois, la cual, mientras duró la horrible enfermedad que ella tenia mision de aliviar, hizo extensivos á buena parte de Europa los efectos de su caridad tiernísima<sup>1</sup>.

Feliz la Iglesia por haber aliviado á sus hijos, cobijados, por decirlo así, bajo sus alas, no se olvidó de aquellos que moraban en las provincias mas apartadas de Oriente. Á manera de lobos rapaces que buscan entrada en los corrales, los sarracenos y turcos andaban al rededor del redil de Jesucristo, y ora salteaban un país cristiano, ora invadian otro, llevándolo todo á fuego y sangre, inmolando á los hombres y cautivando á los niños y mujeres. Para levantar en torno de esta grey escogida un vallado insuperable á aquellas fieras, el Señor habló al corazon de algunos de los nobles guerreros cuyo valor conquistara á Jerusalem, y les inspiró la determinacion de consagrarse en cuerpo y bienes á la defensa de los pueblos cristianos.

<sup>1</sup> Helyot, t. II, pág. 110.

Estos héroes para siempre célebres se reunieron en cuerpos religiosos, llegando á contarse de los que se conocen hasta treinta, siendo el mas célebre el de los caballeros de san Juan de Jerusalem, llamados despues de Rodas ó de Malta, cuando estas dos islas vinieron á ser el lugar de su residencia y el teatro de sus hazañas.

El beato Raimundo de Puy, natural del Delfinado, segundo gran maestre de la Orden, trazó los reglamentos que servian de estatuto á los caballeros, comprendiendo los tres votos de pobreza, obediencia y castidad, por los años de 1118. Contar aquí los altos hechos que ilustraron á la Orden de san Juan de Jerusalem seria tarea de harto empeño, y bastará referir uno solo.

En 1565 Soliman II emperador de los turcos, uno de los mas terribles enemigos del Cristianismo, resolvió tomar la isla de Malta defendida por estos caballeros, y al efecto abocó contra ella toda la hueste musulmana compuesta de cien mil combatientes, con una flota de ciento cincuenta y ocho galeras, once navios y otros doce bastimentos. Por espacio de cuatro meses combatieron la ciudad con un vigor increíble, si bien con no menos teson la defendieron el gran maestre Juan de la Velette y sus caballeros; esforzado varón que tenia puesta en Dios una confianza igual á su impavidez.

Un domingo, mientras rezaba Vísperas, fueron á anunciarle que los turcos habian practicado una gran brecha y que empezaban á escalar los muros. «Sigan las Vísperas, respondió como valiente; «cuando concluyan, verémos lo que habrá que hacer.» En efecto, concluyóse el rezo, y entonces corriendo al punto amenazado, hizo prodigios de valor y rechazó al enemigo. Mas de veinte mil infieles perdieron la vida en este sitio, habiéndose disparado setenta y ocho mil cañonazos contra la plaza, la cual ya no tenia mas reparos que los pechos de sus heróicos defensores. Arruinada enteramente, restauróla el mismo gran Maestre, y aun edificó otra ciudad nueva llamada de su nombre *ciudad Valette*, concluida la cual murió con tanta piedad, como valor y prudencia habia desplegado durante su vida.

El eco de esta victoria resonó por toda Europa, y el emperador Cárlos V envió al gran Maestre una espada con rica empuñadura de oro y pedrería. Todos los años, en accion de gracias por el triunfo, celebrábase en Malta una procesion solemne el dia de la Natividad de la Virgen en que se levantó el sitio, y á ella concurrían todos los caballeros con su maestre á la cabeza, acompañado de un paje que

llevaba la espada regalada por Carlos V, y seguido de un caballero con el estandarte de la Religión. Al entonarse el Evangelio, el gran Maestre tomaba esta espada de manos del paje y la tenía en alto durante la lectura del sagrado texto, como prueba de que lo mismo él que los demás caballeros se hallaban prontos á militar en defensa de la fe.

Distribuíase esta Orden en *lenguas*, correspondientes á las varias naciones de que se formaba, á saber: Provenza, Auvernia, Francia, Italia, Aragon, Alemania, Castilla é Inglaterra. En cada provincia de estas tenia haciendas, cuyas rentas servian para sostener la guerra contra los infieles y asistir á los pobres; siendo el primer instituto de esta caballería socorrer á los pobres peregrinos de la Tierra Santa, cuyo espíritu conservaron siempre, de suerte que la Europa cristiana vió por espacio de algunos siglos á estos valientes entre los valientes y flor de la nobleza pasar su vida en los campos de batalla ó á la cabecera de los enfermos en los hospitales, y orando en sus claustros.

El hospitalario mayor era siempre un caballero gran cruz, encargado de atender al buen cuidado de los enfermos, asistiéndole otros caballeros que repartian los medicamentos, cuidando tambien uno y otros de los huérfanos que criaban á expensas del tesoro comun hasta la edad de ocho años. El maestre se denominaba á sí mismo *custodio de los pobres de Jesucristo*, y los caballeros llamaban *nuestros señores* á los enfermos y á los pobres <sup>1</sup>.

Orar y asistir á los necesitados, hé aquí las ocupaciones de los caballeros en tiempo de paz; pero al menor asomo de alarma, volvian á empuñar sus nobles espadas, y en un cerrar de ojos se trasladaban al punto donde su presencia era necesaria. Terribles en las lides cuanto sufridos en los hospitales, estos héroes verdaderamente cristianos hacian prodigios de valor; mas apenas la trompeta daba la señal de retirada, ibanse, cubiertos aun de polvo y sangre, al pié de los altares para rendir gracias al Dios que da la victoria, y colgar de las bóvedas del templo las banderas ganadas por su valor. Á mas de los tres votos de pobreza, obediencia y castidad, hacian otro, y era no contar jamás el número de sus enemigos ni volver atrás en el combate, antes avanzar con denuedo, cualquiera que fuese el peligro. Óigase ahora una parte del ceremonial de su recepcion, en el cual

<sup>1</sup> Michaud, *Historia de las Cruzadas*, t. V, pág. 239.

resplandece con una vehemencia é ingenuidad la mas admirable aquel doble espíritu de fuerza y caridad que distingue á la Religión cristiana y que ella imprime á todas sus instituciones. El postulante, vestido de un largo ropón negro y de un manto acabado en punta, hincábase de rodillas al pié del altar con una antorcha encendida en la mano y una espada desenvainada que daba á bendecir al celebrante; habíase de antemano preparado con una confesion general y la sagrada Comunion. El sacerdote despues de rezar varias oraciones, rociando con agua bendita al caballero y la espada, le entregaba ésta, diciendo: *Recibe esta santa espada, en nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo, amen. Sirvete de ella para tu defensa, para la de la santa Iglesia de Dios, y para confusion de los enemigos de la cruz de Jesucristo y de la fe cristiana, y procura, en cuanto la humana fragilidad permite, nunca herir con ella injustamente.* Dicho esto la envainaba, y ciñéndosela al caballero, añadía: *Cíñete esta espada en nombre de Jesucristo, y acuérdate de que los Santos no tanto conquistaron reinos por las armas, cuanto por su acendrada fe.* Entonces el caballero la desenvainaba, y el sacerdote seguía diciendo: *Esta espada en su brillo simboliza la fe, en su punta la esperanza, y en su pomo la caridad: empléala en servicio de la fe católica, y de la justicia, y de las viudas y pobres huérfanos. Ella es la verdadera fe y justificacion de un caballero, pues la santificacion consiste en ofrecer el alma á Dios y el cuerpo á los peligros en servicio suyo; y mientras el mismo caballero blandía tres veces la espada, añadía: Esta triple accion de blandir la espada que tienes en la mano, significa que en nombre de la santísima Trinidad debes desafiar á todos los enemigos de la fe católica con esperanza de triunfo; así Dios te conceda esta gracia, amen.* Los precedentes avisos y oraciones tienen un sentido tan profundo, que nos permitiremos recalcarlos con ligeras observaciones: el poder de la espada es el mas terrible que los hombres conocen; la Religión antes de confiarlo á uno de sus hijos, quiere que sepa bien con qué espíritu, á qué fin y en qué casos debe hacer uso de él: ¿dónde se buscarán ceremonias mas instructivas y lecciones mas interesantes? Despues presentaban y calzaban al caballero unas espuelas doradas, diciéndole: *¿Ves estas espuelas? ellas significan que así como las teme el caballo cuando se separa de la recta senda, igualmente tú debes temer desviarte de tu rango y de tus votos, y cometer iniquidad. Te las calzan doradas, porque el oro es el metal mas rico y simboliza el honor.*

Venia en pos la recepcion del manto de la Orden: el recipiente mostraba al profesante la cruz de ocho puntas impresas en su lado izquierdo, diciendo: *Esta cruz la llevamos blanca en señal de pureza, debes llevarla tambien por dentro y fuera sin mancha ni borron alguno. Sus ocho puntas simbolizan las ocho bienaventuranzas que debes tener siempre en tí, á saber: 1.º disfrutar contento espiritual; 2.º vivir sin malicia; 3.º llorar los pecados; 4.º humillarse ante las injurias; 5.º amar la justicia; 6.º ser misericordioso; 7.º ser sincero y limpio de corazon; 8.º sufrir las persecuciones. Estas son otras tantas virtudes que has de grabar en tu corazon para consuelo y conservacion de tu alma, á cuyo fin te encargo lleves abiertamente esta cruz cosida al lado izquierdo sobre el corazon sin dejarla jamás.* Dicho esto le daba á besar la cruz y le echaba el manto sobre los hombros, añadiendo: *Toma esa cruz y este manto en nombre de la santísima Trinidad, para salud y reposo de tu alma, para aumento de la fe católica y defensa de todos los buenos cristianos, y en honra de nuestro Señor Jesucristo. Póngote la cruz al lado izquierdo, hácia la region del corazon, para que la ames perfectamente y la defiendas con tu mano derecha; y cuenta que no la abandones, pues ella es la verdadera enseña de nuestra Religion. Este manto que te echo encima, representa la vestidura de piel de camello que llevaba en el desierto nuestro patrono san Juan Bautista, y tú con recibirlo renuncias á las pompas y vanidades de la tierra. Usalo en las ocasiones prescritas y procura que tu cuerpo sea amortajado con él.* Sobre el manto habia bordados en lienzo blanco los trofeos de la Pasion, y aludiendo á esto seguia diciendo el celebrante: *Á fin de que pongas toda esperanza para la remision de tus culpas en la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, héla aquí representada en este cordon con el que fué atado por los judios; hé aquí la corona de espinas; el pilar del azotamiento; la lanza con que fué traspasado; la esponja empapada en hiel y vinagre; los azotes; los cestos para dar limosna á los pobres y para recogerla cuando carecieres de bienes propios; la cruz de la crucifixion, cruz que te he puesto al hombro en memoria de la Pasion, y que servirá de regla para tu alma. Este yugo es muy ligero y suave, y en señal de la servitud que aceptaste, te ligo al cuello este cordon.* El tal cordon era de seda, blanco ó negro. Así, de piés á cabeza, el caballero de la Religion leia á una vez en todos sus vestidos sus deberes, sus promesas y su vocacion sublime, no pudiendo dar un paso, ni echar sobre sí una mirada sin penetrarse de la elevada santidad y noble valor que debian distinguir-

le; y ¿qué galardón se le prometia en cambio de tamaños sacrificios? Hé aquí las últimas palabras del recipiente: *Te hacemos á tí y á todos tus deudos partícipe de todos los bienes espirituales que se hacen ó se hicieren en nuestra Religion por toda la cristiandad*<sup>1</sup>.

Estos valerosos caballeros, que por tantos siglos formaron con sus pechos unos baluartes vivos al rededor del pueblo cristiano, proporcionaron á la Iglesia el reposo necesario para ocuparse en la santificacion de sus hijos y seguir dirigiéndolos hácia el cielo; y en verdad que este tiempo fué aprovechado. Abrese el siglo XII, siglo de gloria y de fervor, en el que el doble genio de fe y de caridad cubre la faz de la Europa de inimitables modelos y de asilos consagrados á la oracion y la virtud: en el anterior fundáronse veinte congregaciones religiosas; en el presente, mas de cuarenta inmortalizarán este hermoso período de la época llamada edad media! Lástima, lector, que no podamos hablarte con detencion de tantas maravillas, tantas y tan propias para que lata de alegría el corazon de todo buen cristiano; pero referirémos algunas.

El objeto de la Orden de san Juan de Jerusalem era cuidar á los enfermos y defender á los cristianos: el mismo fué el de los caballeros Lazaristas, salvo que éstos se consagraban en especial á los enfermos conocidos por leprosos. En los siglos XI, XII y XIII, la lepra habia extendido sus estragos por gran parte del mundo; era un mal que atacaba súbitamente todos los miembros del cuerpo y los desecaba con rapidez, siendo contagioso como la peste, y pegábase no solo con tocar al enfermo, sino sus vestidos, sus muebles, y aun respirar el mismo ambiente. Así pues, los leprosos causaban un horror inexplicable; todo el mundo huía de ellos; se les lanzaba léjos de poblado<sup>2</sup>, y veíanse obligados á divagar en tropas por los cam-

<sup>1</sup> Helyot, t. III, pág. 74 y siguientes.

<sup>2</sup> El ceremonial de la separacion de los leprosos era una de las mas interesantes liturgias eclesiásticas: el sacerdote despues de celebrada misa en favor de los atacados, se ponía sobrepelliz y estola, y los rociaba con agua bendita, conduciéndolos en seguida al hospital. Allí los exhortaba en buena paciencia y caridad á tomar ejemplo de Jesucristo y de los Santos: «El mi hermano, cativo grato al Dios bondoso, que asaz fincades de triste, lazdrado, malato, y sin conhorto; por ende vades al regno paradisial, dó non aviene daño nin duelo, «ca todo es puro é aliñado, sin mancilla é sin rastro de mancilla, brillante como el sol: mas vos cale buen christiano ser, é la vuesa cruz con grande sufri-